

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8336

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NUMS. 4 Y 58

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorelle, rue Casparin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Jueves 22 de Agosto de 1889

ANTE LA TORRE EIFFEL.

Salve, esbelto y magnífico coloso,
De la moderna industria hijo querido;
Férreo brazo a las nubes extendido
Por este siglo que será famoso!
Síntesis del trabajo victorioso,
Yo, humilde obrero, ante tus pies rendido
Saludo al genio en tí, que ha concebido
De tu fábrica inmensa el hecho hermoso!
En honor a tu altiva prepotencia
Pulsa la lira este modesto vate;
Grande eres, lo confieso en mi conciencia;
Mas, debo aquí decir para rémate
Que también lo es *El Barco de Valencia*,
Soberbia torre Eiffel del Chocolate.

A los consumidores que presenten el día 1.º de Agosto 1500 cubiertas de paquetes de chocolate de *El Barco* se les regalará un palco para las corridas de toros pasando por el dique flotante, un cuello de pieles, una capa y entrada gratis en la Exposición de París.—El del ojo ausente, Caridad 3, Cartagena.

MACHACAR EN HIERRO FRIO

Lo hemos dicho repetidas veces: constituye indudablemente un progreso el que la prensa y la opinión se preocupen de las cuestiones materiales, del movimiento comercial, de lo que importamos y exportamos, del tráfico en una palabra.

Antes las cifras y datos que representaban la vida de la actividad española, desfilaban silenciosas, sin que nadie perturbase su ordenado anoptamiento por las columnas del periódico oficial, de ese cartel que á diario anuncia las funciones del Estado y traduce todo lo malo y bueno que se les ocurre á los ministros.

Hoy ya es otra cosa; no asustan tanto los números, nos vamos familiarizando con la estadística y hasta nos atrevemos á hacer oráculos y deducir consecuencias para mañana.

Distase que los españoles vamos entrando al fin en la idea de que las naciones tienen su barómetro, y que por sus indicaciones cabe la posibilidad de anunciar las tormentas ó bonanzas de la vida nacional.

Hay que insistir en esos estudios y llevarlos hasta los programas de primera enseñanza, pues solo de esa manera iremos reformando nuestra falsa y pretendida cultura.

Es necesario que no exista un solo español que deje de darse cuenta de lo que pasa en su casa, y entonces sería consciente la intervención de las masas, la prensa allanaría los caminos y no serían los gobiernos reunión de compadres.

Como tanto se ha dicho y escrito acerca de nuestra tristísima situación y de la crisis y enervación en que yaceu las fuerzas vivas del país, los que afectan interesarse por él procuran contar sus pulsaciones, y en cuanto ven una mejoría la denuncian y cantan victoria.

Es precisamente ocurre al examinar los estados publicados en el periódico oficial, relativos á nuestro movimiento comercial.

Por ellos sabemos que la importación durante el mes de Junio último ascendió por todos conceptos, á pesetas 44.486.723, y que la exportación arroja un total de pesetas 59.195.800, de donde resulta, ó

los números mienten, una diferencia á favor de la exportación de pesetas 4.809.077, lo cual constituye un signo favorable á nuestra actividad, y que no existe tan intenso ese enervamiento de que á cada paso nos habla.

Cualquiera que juzgara nuestra situación por esas cifras y no conociera otras cosas, acabaría por creer que España era una tierra tan próspera como la de Jánja; que por arte de birli-birloque habíamos pasado de nación importadora á nación exportadora; que nuestra balanza mercantil se salda á nuestro favor con oro extranjero; que puesto que importamos más que exportamos, alguien forzosamente tiene que ser nuestro tributario.

Nada, sin embargo, más lejos de la verdad, puesto que necesitamos más de cien millones de oro para arreglar cada año nuestro movimiento comercial con el mundo.

Es preciso no hacerse ilusiones y persuadirse de que la industria en España está en verdadera ruina. ¿Por qué? Por que producimos menos de lo que consumimos.

No tenemos más mercados que el nacional, muy deficiente por cierto, y además muy merchado por la concurrencia.

No llevamos á Filipinas apenas un hilo; no podemos entablar lucha en el Centro y Sur de América, y mientras todos los pueblos se disputan con coraje para buscar mercados á sus productos, nosotros nos contentamos con poner el grito en el cielo sin que nadie nos oiga.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

JESÚS

Charada

Prima y dos es verbo
dos tres nada és,
y el todo me indica
que va á amanecer.

José Martí y Mata.

La solución en el número próximo.

A LA NIÑA REPARADA GALLART

Hermosa niña que empiezas
la carrera de la vida
toda sembrada de flores
toda erizada de espinas,
piensa siempre que en la tierra
no hay más que dolo y mentira;
y guárdate de lisonjas
y de palabras de almibar,
que suelen llevar oculta
la ponzoña más activa
La verdad siempre es amarga
y la virtud desabrida,
pero ambas son muy hermosas
y dan inefable dicha
si se acojen con cariño,
pues son muy agradecidas.
La verdad!! ¿qué es la verdad?
Para muchos un enigma
indescifrable y difícil,
mas no hay cosa más sencilla.
La verdad, es... la verdad;
todo lo que no es mentira:

decir lo que la razón
y el entendimiento dictan.
Y la virtud? La virtud
muy fácilmente se explica.
Tenemos dentro del pecho
un despertador que avisa
si se hace una mala acción,
y que luego nos castiga
tocando, pero muy fuerte,
una aguda campanilla
que nos recuerda á menudo
la falta antes cometida.
Repara, tu Reparada
si el despertador te avisa,
y como logres no oír
que suena la campanilla,
puedes estar satisfecha
y puedes vivir tranquila
porque entonces es señal
que en tí la virtud anida.

B.

EL REY DON FRANCISCO

CARTA DE UNA AZAFATA

Sr. Director de *El Resumen*.

Muy señor mío: Los recuerdos son la vida de los viejos y el menor acontecimiento que con ellos se relaciona los despierta, evocando la memoria de mejores días.

A la tranquilidad de mi retiro han traído los periódicos la noticia de la llegada á San Sebastián del esposo de la reina D.ª Isabel, y esta sencilla noticia me ha hecho volver los ojos por un momento al pasado, y según mi costumbre, voy á hacerle á usted confidente de mis impresiones.

Para ustedes los de la generación presente, apenas tiene relieve la figura del rey D. Francisco, desde que en Septiembre de 1868 salió con la señora y sus hijos de esa misma ciudad de San Sebastián, donde hoy se halla solo; ha estado dos veces en España cuando la boda de su hijo el rey D. Alfonso con la Reina Cristina, y después de la muerte del malogrado monarca; se puede decir que ustedes no le conocen ni siquiera de vista; pero para los que fuimos jóvenes en el reinado de doña Isabel II, resulta una figura interesante.

El abuelo del rey tendrá ahora 67 años, pues es del 22.

La última vez que yo le ví en Madrid le encontré muy avejudo, con el pelo completamente blanco, la cara muy encendida y desfigurado por la obesidad.

¿Que diferencia entre el señor mayor con aspecto de un buen bourgeois que vivo tranquilamente de sus rentas, que yo ví en Palacio el año 1865, y el jovencito de 24 años que se casó con su prima el año 1846.

La boda de la señora, que preocupaba por aquella época á los políticos, que hacían manobrar á los diplomáticos, que era objeto de notas entre el ministerio de Luis Felipe que presidía Mr. Guizot y el Gobierno inglés, nos tenía vuelto por completo el seso á todos los de la servidumbre, como á todos los personajes de Palacio.

Se habían formado diferentes grupos, tantos como candidatos aspiraban á la mano de la joven reina.

Dentro de la casa, el más numeroso era el del conde de Trápani; apoyado decididamente por la reina madre, á la que todos debíamos muchos favores, y por la que sentíamos muchas simpatías.

Yo fui muy partidaria de este conde, era yo en aquella época muy lectora, mi lectura favorita la constituían las novelas de Walter Scott y profesaba adoración á un personaje que parecía que había venido á la vida

real para realizar las portentosas hazañas de los héroes de mi novelista favorito.

Me refiero á la duquesa de Berry.

Su audaz entrada en Francia á bordo del «Carlos Alberto», esa expedición para sublevar á Marsella; sus aventuras de la «Vendée»; aquel arrojado de una madre para devolver la corona á su hijo; aquella princesa joven, inteligente y hermosa enarbolando con su débil mano el estandarte blanco de Enrique IV frente á la bandera tricolor de la monarquía de Julio, nos exaltaba á las jóvenes.

Unase á las empresas de la princesa las aventuras de la mujer, su prisión, sus amores y se sentirá idea de lo que era para nosotras la hermana de la reina madre y de la infanta D.ª Carlota.

La familia real de Italia nos inspiraba una viva simpatía, y si la reina se hubiera casado á nuestro gusto hubiera dado su mano al conde de Trápani.

Había, sin embargo, partidarias de otros candidatos: unas querían al príncipe heredero de Portugal porque era el medio de afirmar la unión ibérica; otras decían que la señora debía casarse con algún español grande de España; otras que se la dejase seguir libremente los impulsos de su corazón, y solo dos candidatos se rechazaban en absoluto: un príncipe francés, porque teníamos horror, no lo podíamos remediar, á la monarquía de Julio, que había derribado del trono al anciano Carlos X, y alejado la corona de la cabeza del «hijo del milagro», del duque de Bordeas, y el infante D. Enrique, al que mirábamos con igual espanto y lamábamos «masón», «liberal» y «revolucionario».

D. Enrique tenía una figura más gallarda, más arrogante que la de su hermano, segundo; pero su carácter inquieto, su conducta un tanto aventurera le captaban muy pocas simpatías.

Su hermano D. Francisco era mucho más dulce; aun parece que le veo en las grandes solemnidades palatinas con su casaca blanca muy ceñida y el pecho lleno de condecoraciones.

Era muy rubio, con el pelo rizado en escarola y los ojos azules; representaba mucha menos edad que los 24 años que tenía, y formaba un vivo contraste con su hermano mayor.

En los conciertos que por entonces se daban en Palacio, en los que cantaban la condesa de Merlin y la hermosa Encarnación Camarasa, D. Francisco se colocaba siempre detrás del sillón de su padre el infante del mismo nombre, y regulaba atentamente la música.

Cuando en la primavera de 1846 se formó el ministerio Isturiz, las partidarias del conde de Trápani batimos palmas creyendo asegurar el triunfo del que nosotros queríamos para marido de la reina. D. Javier era entre los políticos de entonces el hombre de más confianza de doña María Cristina. ¿A que se le llamaba entonces al poder sino para realizar la boda patrocinada por la reina madre?

La insurrección de Galicia, en la que tomó parte el desdichado infante D. Enrique, hizo caer al ministerio Isturiz y nuestros proyectos. En Agosto de aquel año se declaró ya oficialmente que la reina se casaría con su primo hermano el infante D. Francisco.

Se casó con Trápani preferíamos esto sobre á los otros, por más que no debiera de haber risas y murmuraciones detrás del abanico (Dios no nos lo tome en cuenta).

Celebráronse en Octubre de aquel año las bodas de la Reina y su hermana con todo el aparato que he visto descrito con mucha exactitud en el libro «Mis Memorias Intimas»